

BLANCANIEVES

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM



MIS PRIMEROS CUENTOS

BLANCANIEVES

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM



Versión Española de
JOSE MARIA HUERTAS

Dibujos de BOCQUET

MARTA AMOR MUÑOZ
Prof. Nac. de Danzas Clásicas
y Folklóricas Argentinas
Reg. N° 41.557
Lic. en Folklore de la Facultad
de Filosofía y Letras de la U.B.A.
Reg. N° 41.315

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS

MARTA AMOR MUÑOZ
Prof. Nac. de Danzas Clásicas
y Folklóricas Argentinas
Reg. N° 41.557
Lic. en Folklore de la Facultad
de Filosofía y Letras de la U.B.A.
Reg. N° 41.315

URGEL, 245
BARCELONA



GOROSTIAGA 1650
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRIMERA EDICION: MAYO DE 1938

Es propiedad en lo referente a los derechos en español
de la presente versión e ilustraciones

Copyright, 1938 by EDITORIAL MOLINO

Impreso y editado en Buenos Aires (Argentina) - Printed in Argentina

TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL MOLINO - BUENOS AIRES



QUENTAN que esta historia de maravillas aconteció en los tiempos antiguos, en los días de los sucesos mágicos, cuando vivían en el mundo las hadas buenas y las brujas perversas, con toda su corte de enanos y duendecillos.

Cierto día de crudo invierno, en que los copos de nieve caían lentamente, hallábase una reina en su palacio, sentada junto a un gran ventanal y bordando un lindísimo pañuelo. De vez en cuando, se apartaban sus ojos de la labor para contemplar el blanco manto con que el cielo cubría la tierra.

Distraída como estaba la hermosa dama, pinchóse sin querer un dedo con la aguja. El dolor le hizo alzar bruscamente la mano, de modo que,



SENTADA JUNTO A UN GRAN VENTANAL Y BORDANDO
UN LINDÍSIMO PAÑUELO...

BOC
QUET

quedando en el antepecho del ventanal, cayeron de la minúscula herida unas gotas de sangre sobre el blanco armiño de la nieve, que allí iba cayendo.

El precioso contraste del rojo sobre la inmaculada nieve, despertó un súbito deseo en la reina.

- ¡Ay!... - exclamó. - ¡Cuánta sería mi dicha si algún día tuviese una niña blanca como la nieve, cuyos colores fuesen rojos como la sangre y los cabellos tan negros como el ébano del marco de ese ventanal!...

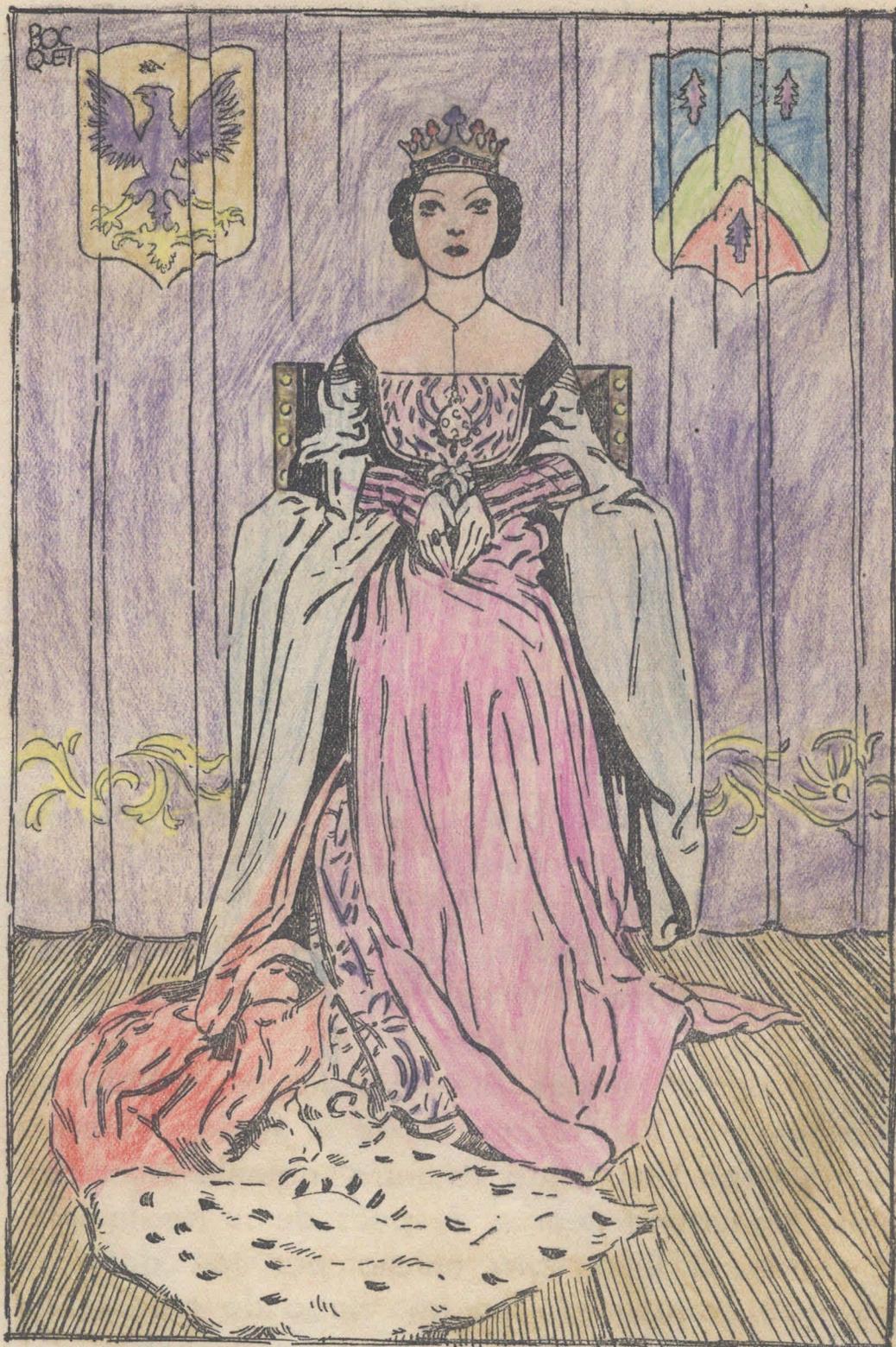
Poco tiempo después quedó complacida. Las hadas que habían oído el deseo de la soberana, le llevaron una nena como había pedido. Era blanca como la nieve que contemplara, roja como la sangre que le había flúido del dedo y sus cabellos nada tenían que envidiar al más brillante ébano.

La reina quiso que la llamaran Blancanieves en recuerdo al día que la deseara, y así fué.

La madre era muy feliz, ya que, afortunadamente, ignoraba que su hijita, aquella linda muñeca que las hadas crearan para ella, había de pasar por terribles angustias.

El primer suceso desgraciado de la vida de Blancanieves fué la pérdida de su madre. En efecto, la reina que tanto deseara aquella hija, murióse poquísimo tiempo después de su nacimiento. Y el rey, si bien lloró mucho por tan dolorosa pérdida, transcurrido un año hubo de casarse de nuevo por el bien del reino que gobernaba.

Puesto a elegir esposa, quiso hallar otra que



...PUES, SI BELLA HABÍA SIDO SU PRIMERA MUJER, LA SEGUNDA
LO ERA TODAVÍA MAS...

se pareciese a la que le dejara a Blancanieves, y al final escogió para compartir el trono, a una preciosa princesa de un reino vecino.

Se celebraron las bodas con grandes fiestas y todo el mundo quedó convencido que el soberano había hecho una buena elección, pues si bella había sido su primera mujer, la segunda lo era todavía más.

M



UY pronto, sin embargo, se dieron cuenta los que trataban a la nueva reina, que cuanto tenía de bella, resultaba asimismo de altanera, pues se consideraba como la mujer más hermosa del mundo y no podía sufrir que hubiese nadie, cerca o lejos, que la pudiese aventajar.

Precisamente, aquella reina era dueña de un espejo mágico, que le había regalado una hechicera amiga suya, el cual espejo le contestaba cuanto se le ocurría preguntar a propósito de su belleza.

Su dueña se contemplaba en él mañana y tarde.

- Espejito, espejito lindo... - decía - ¿Hay alguien más bella que yo?

Y el espejo mágico contestaba:

- ¡Oh, reina y señora! Tu eres siempre la más hermosa.

Y la vanidosa se sentía feliz, pues sabía cierto

que el mágico objeto siempre decía la verdad.

Pasó el tiempo y Blancanieves fué creciendo, creciendo lo mismo en edad que en hermosura. Tan bella era que más de uno decía que el sol, si alumbraba a la tierra, era únicamente para poder extasiarse contemplándola.

Tiempo hacía que la reina no importunaba ya al espejo con sus preguntas, cansada quizá de recibir siempre la misma respuesta. Pero un día, el mismo en que su hijastra Blancanieves cumplía los quince años, se le ocurrió decirle al espejo, al tiempo que se estaba componiendo el rostro:

- Espejito, espejito lindo... ¿Quién es la más bella del reino? - Y esta vez el espejo contestó:

- ¡Ay, reina y señora! Ya no eres la más hermosa... Blancanieves lo es muchísimo más.

¡Oh, y qué terrible fué el disgusto de la reina al escuchar semejante afirmación! A punto estuvo de destrozar el espejo, que tal cosa había osado decir.

Comida por los celos, le era imposible soportar la presencia de su hijastra. Y como, pese a su orgullo y altanería, hubo de darse cuenta de que todos los cortesanos empezaban a fijarse más en Blancanieves que en ella, tomó la espantosa decisión de hacerla desaparecer.

Con este propósito, mandó llamar a un cazador que le había dado mil pruebas de fidelidad y cuando le tuvo en su presencia, le habló de esta manera:



LA PRINCESITA ESTUVO ANDANDO DURANTE
TODO EL RESTO DE LA NOCHE...

BOC
QUET



¡OH, Y QUÉ TERRIBLE FUE EL DISGUSTO DE LA REINA!

- Oye, cazador... ¿Sigues aún dispuesto a cumplir cuanto yo te ordene?

- Hasta perder la vida, Majestad.

- Muy bien. Entonces, esta noche vendrás a buscar a mi hijastra y te la llevas al rincón más escondido del bosque. Una vez allí, te las compones de manera que jamás regrese a palacio.

- ¿Qué debo hacer con ella, señora?

- ¡Qué torpe eres! - clamó, impaciente, la reina. - Quiero que la mates.

- ¡Pero si es una niña, reina! - balbució el cazador, cuyo corazón endurecido no lo era tanto, como para ejecutar tamaña barbaridad.

- Has dicho que estás dispuesto a hacerlo todo por mi. Mata, pues, a esa mocosa. Y como prueba de que has ejecutado mi deseo, tráeme su corazón.

El cazador no replicó palabra. Y a la hora convenida fué a buscar a la pobrecita Blancanieves y se la llevó al bosque.

Cuando estuvo con ella en un lugar muy intrincado y sombrío, echó mano a su gran cuchillo de monte y se dispuso a cortarle la cabeza a la pobrecilla.

Esta, al darse cuenta, se echó a llorar. Y cayendo de rodillas ante el hombretón, exclamó:

- ¡Ay! ¿Qué te hice yo, buen cazador? ¿Por qué me quieres matar?

- Porque la reina lo ha mandado, - contestó el hombretón. - No quiere verte más en palacio.

- Pues no me mates. Te prometo que me que-



¿POR QUÉ QUIERES MATARME?

daré en este bosque y jamás volverán a verme por el palacio.

El cazador vaciló. Le parecía demasiado hermosa para que pereciera bajo su mano. Al fin, tomó una decisión.

- Bueno, te dejo marchar. Más prométeme que jamás, ¿entiendes?, jamás volverás al palacio que mora tu madrastra.

Blancanieves, llena de agradecimiento, hizo la promesa que le pedían, y en seguida, se apresuró a dejar al cazador.

Este se marchó también, aunque en dirección opuesta. Se sentía muy satisfecho de haber evitado lo que tanto le repugnaba. Fuerza es decir, sin embargo, que el esbirro de la reina no creía, ni mucho menos, que la princesita pudiera librarse de su triste sino. Al contrario, estaba convencido de que las fieras, que pululaban el bosque, darían buena cuenta de la infeliz.

Para poder cumplir la exigencia de la malvada soberana, cazó el primer corzo que se acercó a una fuente, a beber, y arrancándole el corazón lo llevó a palacio, como si fuera el de Blancanieves.



BLANCANIEVES SE ANIMÓ A PENETRAR EN EL INTERIOR...



A princesita estuvo andando durante lo que restaba de la noche y aun todo el día siguiente. Los animales feroces que encontraba a su paso, no le hacían el menor daño, sin duda porque la veían tan hermosa y desvalida, cosa, sin embargo, que no era obstáculo para que la pobrecilla estuviera muerta de miedo.

Finalmente, al caer las primeras sombras vespertinas, y cuando ya tenía los pies destrozados por los guijarros y las espinas, encontróse ante una casita muy mona, que se alzaba en lo alto de una montaña.

Blancanieves se aproximó a la puerta, que estaba abierta y gritó con voz debilitada por la fatiga:

- ¡Eh, los de la casa!

Nadie contestó.

Blancanieves tomó un poco de aliento y al cabo de un rato volvió a decir:

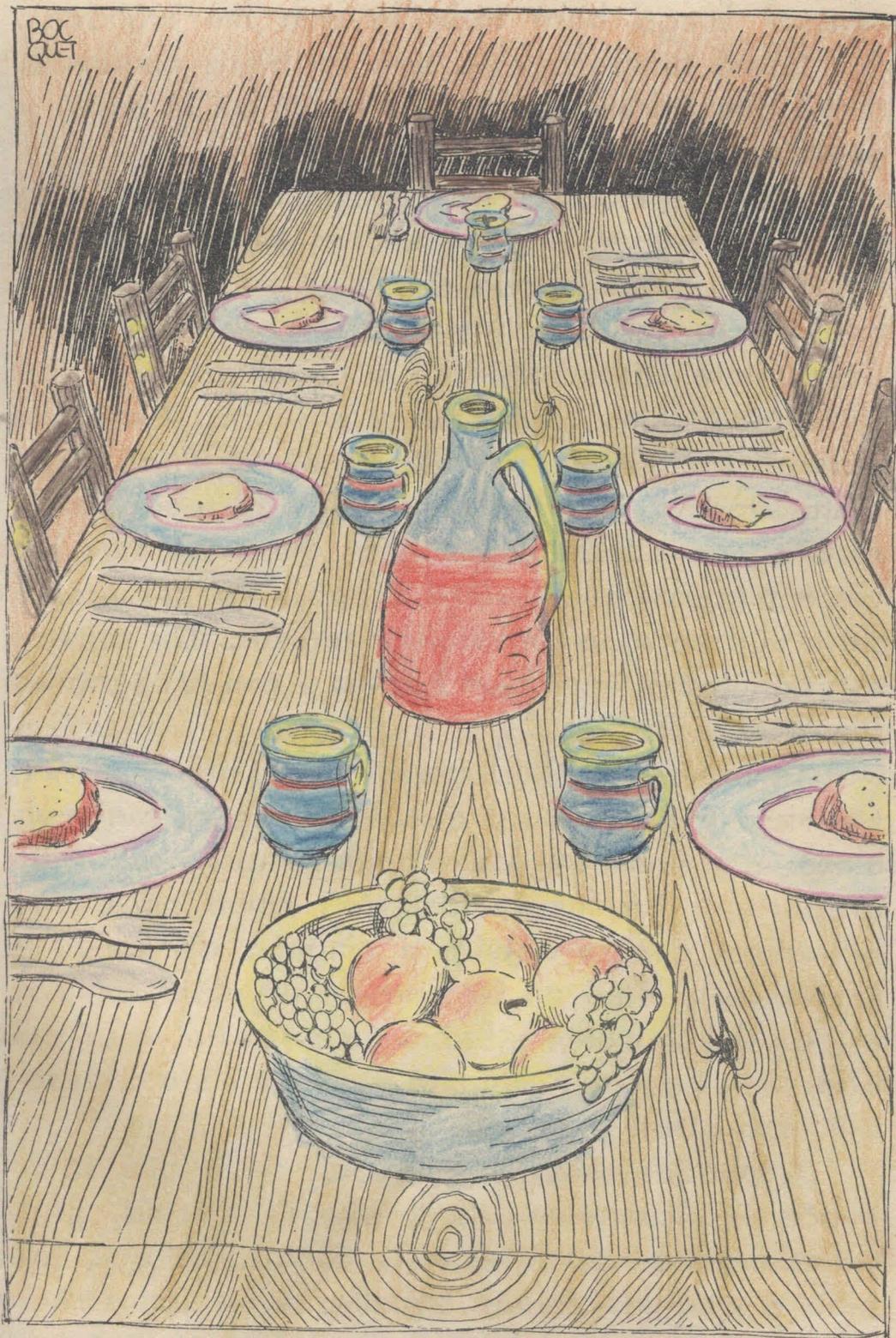
- ¡Eh! ¿No hay nadie en la casa?

Continuó el mismo silencio.

Entonces la pobrecilla atravesó el umbral y apoyándose en la jamba de la puerta, pues ya no podía más, preguntó con voz doliente:

- ¿No me hará nadie la caridad de un pedazo de pan y de un rincón donde echarme a des-

BOC
QUET



ENCIMA DE LA MESA, QUE ESTABA DISPUESTA PARA LA COMIDA,
HABÍA SIETE PLATOS Y SIETE VASOS...

cansar? Luego haré todo lo que me manden...

Como tampoco esta vez recibiera respuesta, creyó que tal vez no habría nadie en la casita y se animó a penetrar en su interior.

Era una morada muy chiquitina, pero limpia a más no poder. Una verdadera monería. Encima de la mesa, que estaba dispuesta para la comida, había siete platos con sus correspondientes viandas y siete vasos con vino o agua, amén de sus correspondientes tenedores y cucharas, todo ello chiquito como cuanto había en aquel lugar. Y en la habitación de al lado se veían alineadas siete camitas, de diferentes tamaños, pero sin que hubiera ninguna que tuviera aspecto de ser propia para una persona de estatura regular. Las camitas estaban todas muy bien hechas y con las sábanas sumamente limpias.

La princesita Blancanieves tenía, naturalmente, un hambre terrible, así que, sin poderse contener, hincó el diente en los manjares que aparecían preparados en los platos. Más como no quería perjudicar con su apetito a ninguno de los siete comensales, tomó un bocado de un plato, pellizcó el pan del siguiente y bebió un poco del vaso del otro. Así, con muy poquita cosa de cada uno, sació su hambre y su sed.

Calmadas estas necesidades, sintió que como nunca le acometían las ganas de dormir, pero cuando quiso acostarse, se encontró con que, debido a que las camas aquellas eran tan chiquitas, no podía acomodarse en ninguna, por más que probó y volvió a probar. Al fin, se determinó



...SIETE ENANOS DE LOS DE LENGAS BARBAS
Y CAPUCHON...

BOC.
QUET



...TOMÓ UN BOCADO DE UN PLATO...

a reposar en una, en la que, encogiéndose un poco, cabía muy justita.

Había anochecido ya por completo cuando llegaron los dueños de la casita: siete enanos, de esos de luengas barbas y capuchón. Los de nuestro cuento eran muy trabajadores, pues se dedicaban a abrir galerías en las montañas, para que corriese el agua por el interior de la tierra.

Cada cual encendió una vela y la colocó en su palmatoria. Esta cosa, como cuantas hacían, la efectuaron todos a la vez. Tan pronto se hizo la luz en el interior de la casita, se dieron cuenta los enanos de que alguien había andado por allí, pues las cosas no estaban como ellos las habían dejado.

Fué el mayor de los siete enanos, el primero que se quejó:

- ¡Alguien se ha sentado en mi sillita!

Al punto saltó otro:

- ¡Alguien ha comido de mis sopitas!

Y un tercero:

- ¡Alguien ha bebido mi vinito!

El siguiente:

- Alguien me ha comido garbancitos!

Y del mismo modo los otros se fueron quejando de su pan, de su carne y de sus almendras.

Muy preocupados los siete enanitos, que eran hermanos, se pusieron a cenar. El uno aventuró que si el intruso habría sido cierto gato montés que había en el bosque y era muy ladrón; otro dijo que, seguramente, habría sido un cuervo... Y así fueron haciendo suposiciones y aumentando su

BOC
QUET



¡ALGUIEN SE HA SENTADO EN MI SILLITAI

disgusto hasta que terminaron de cenar. Entonces, uno de ellos quitó las copas, otro los cubiertos, otro los platos y los demás, se llevaron sucesivamente, el mantel, recogieron las migas, limpiaron la vajilla, barrieron y lo dejaron todo limpio, como estaba antes de empezar a comer.

Comentando el suceso, habían pasado al dormitorio. De pronto, el más chiquito de los siete que iba delante, chilló lleno de consternación:

- ¡Alguien se ha acostado en mi camita!

Y a medida que se iban dirigiendo a las suyas respectivas, los otros fueron repitiendo lo mismo. El séptimo fué el que encontró a Blancanieves dormida en su lecho.

Este enano no gritó. Por señas llamó a sus hermanitos, que acudieron presurosos, llevando cada cual su palmatoria.

- ¿Qué? - inquirió el chiquitín de antes, el que se quejara primero. - ¿Una nueva desgracia?

- Ved lo que hay en mi cama - respondió el otro, que era el mayor de los siete enanitos.

Todos dirigieron la vista hacia el lecho indicado y quedaron maravillados al alumbrar con sus velas la figura durmiente de la linda Blancanieves.

- ¡Uy! - murmuraron en tono ponderativo. - ¡Qué jovencita más hermosa!

Les plació tanto poderla contemplar, que al punto dieron en olvido su enfado de momentos antes. Ya no les dolía que hubiera comido y bebido de lo que tenían para ellos. Y por esa misma satisfacción que sentían se guardaron mucho



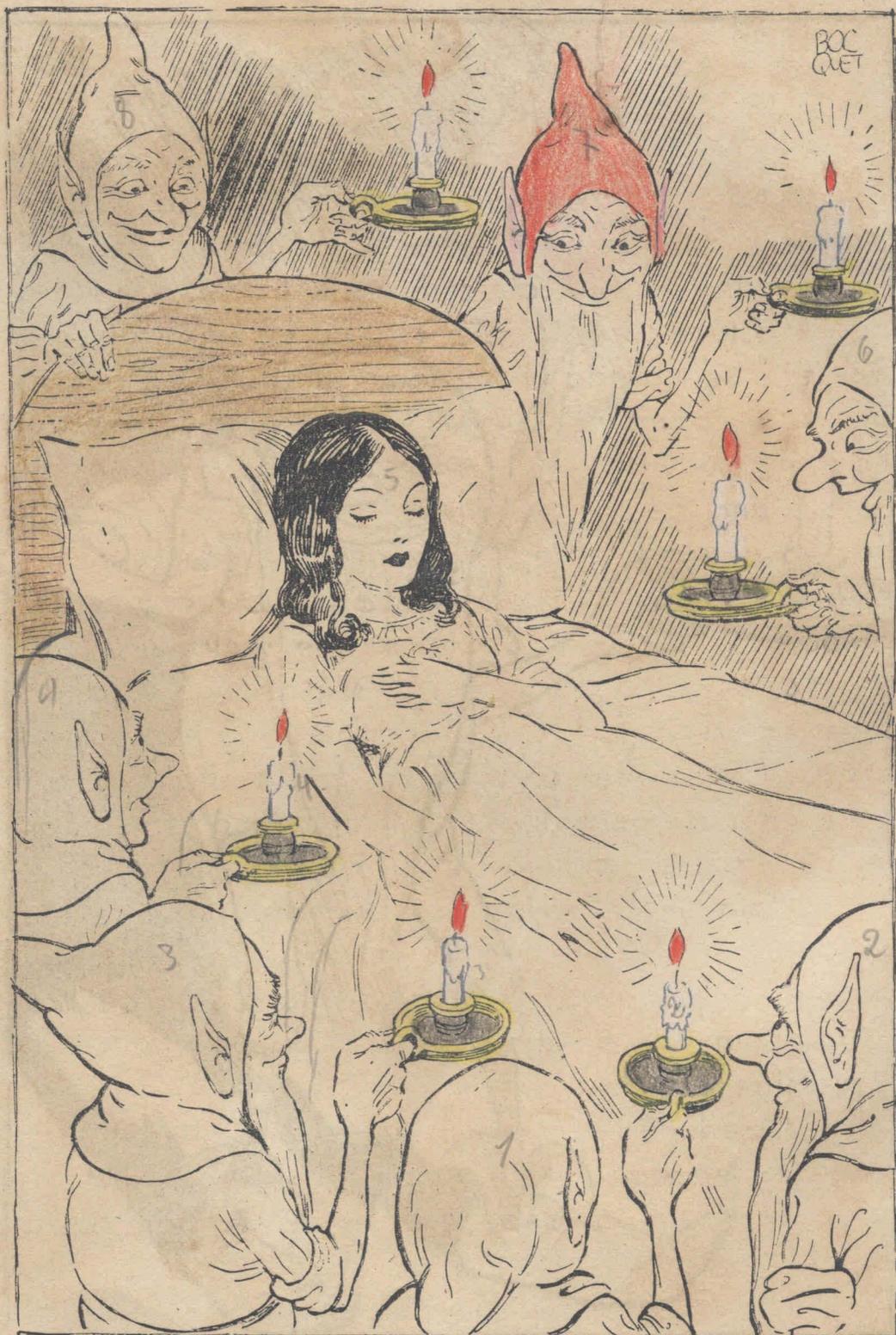
...EXPERIMENTO HONDO SOBRESALTO AL VER
LA CAMITA RODEADA POR LOS SIETE ENANOS...

BOC
QUET



POR SEÑAS LLAMÓ A SUS HERMANITOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Y QUEDARON MARAVILLADOS AL ALUMBRAR CON SUS VELAS
LA FIGURA DURMIENTE DE LA LINDA BLANCANIEVES

de despertarla; al contrario, se alejaron de puntillas, precedidos por el propio enano que se había visto despojado de su cama.

Una vez se hallaron de nuevo en el comedor, dieron todos en ponderar la hermosura de la durmiente y más de uno aventuró su deseo de que la jovencita permaneciera desde entonces con ellos. ¡Sería estupendo! El jefe de los enanos decidió que esto se trataría al siguiente día. Quedó convenido así y también que el jefe de los enanos, por haberse quedado sin cama, dormiría una hora en cada cama de los restantes.

Al día siguiente, los enanos se despertaron antes que Blancanieves y entre todos cuidaron de prepararle un buen desayuno, que le llevaron incluso a la cama para cuando despertase. Cuando la joven abrió los ojos, experimentó hondo sobresalto al encontrarse rodeada la camita por los siete enanos, pero presto se tranquilizó al ver que le sonreían con dulzura y cariño.

El mayor de todos los enanitos - que como sabemos era el jefe de la familia - le preguntó, al tiempo que se acariciaba su blanca barba:

- ¿Cómo te llamas, hermosa niña?

- Blancanieves.

- ¡Que lindo nombre! - saltó el más chiquitín de todos los enanos.

- ¿Y a qué se debe que hayas llegado hasta aquí? - preguntó otro.

- ¡Ay, si supiérais, buenos enanitos!... - suspiró la pobrecilla - La reina, mi madrastra, ordenó a un buen cazador que me matase. El hombre me

BUC
QUET



¡FÍJATE QUE LINDO DESAYUNO TE HEMOS PREPARADOI...

trajo hasta un bosque cercano a este y consintió en dejarme vivir, a condición de que jamás intentaría regresar a palacio. Tan pronto vi que el cazador aquel se alejaba, eché a correr y no paré en todo el día de ayer hasta que llegué aquí y viendo vuestra casita, me detuve en ella a fin de pasar la noche y descansar, pues estaba muy fatigada. No os enfadéis porque comiera de vuestra comida y me echara en esta camita, pero como no había nadie...

- ¡Si no nos disgusta, Blancanieves! - saltó en seguida el chiquitín de antes. - Al contrario, nos gusta. ¡Fíjate ¡qué lindo desayuno te hemos preparado!... Y además se nos ha ocurrido una cosa...

- ¡A ver si te callas, charlatán! - exclamó en este momento el jefe, pues quería ser él quien hiciera la proposición a aquella niña tan bonita. Siempre hablas más de lo debido.

- ¿Qué es? - preguntó Blancanieves, que no quería que riñesen a nadie por su causa. - ¿Qué es eso que habeis pensado?

El jefe de los enanos carraspeó un poco, como para darse importancia. - Los otros, en tanto, tenían unos ojos abiertos como platos.

- Pues, verás... - comenzó aquel - queríamos decirte... ¡Ejem! ¿No te gustaría quedarte con nosotros? Cuidarías de hacer los quehaceres de esta casita, de guisar para nosotros y de hacernos las camitas. A cambio de esto, todos te querríamos mucho y no te dejaríamos carecer de nada.

Blancanieves no se lo pensó ni un momento. Juntó las manos contentísima, y respondió:



A CAMBIO DE ESTO, TODOS TE QUERRÍAMOS MUCHO
Y NO TE DEJARÍAMOS CARECER DE NADA

- ¡Qué contenta estoy! Es seguro que seré muy feliz con vosotros.

Y desde aquel momento, formó parte de la familia de enanillos.



ASÓ algún tiempo.

Desde que ordenara matar a su hijastra, la reina no había vuelto a consultar al espejo mágico. Pero cierta mañana, en que deseaba prepararse para una gran fiesta que se daba en palacio y quería satisfacer su vanidad de que nadie la aventajaba en belleza, se contempló en aquel objeto extraordinario y le preguntó:

- Espejito, espejito lindo... ¿Hay alguien más bella que yo?

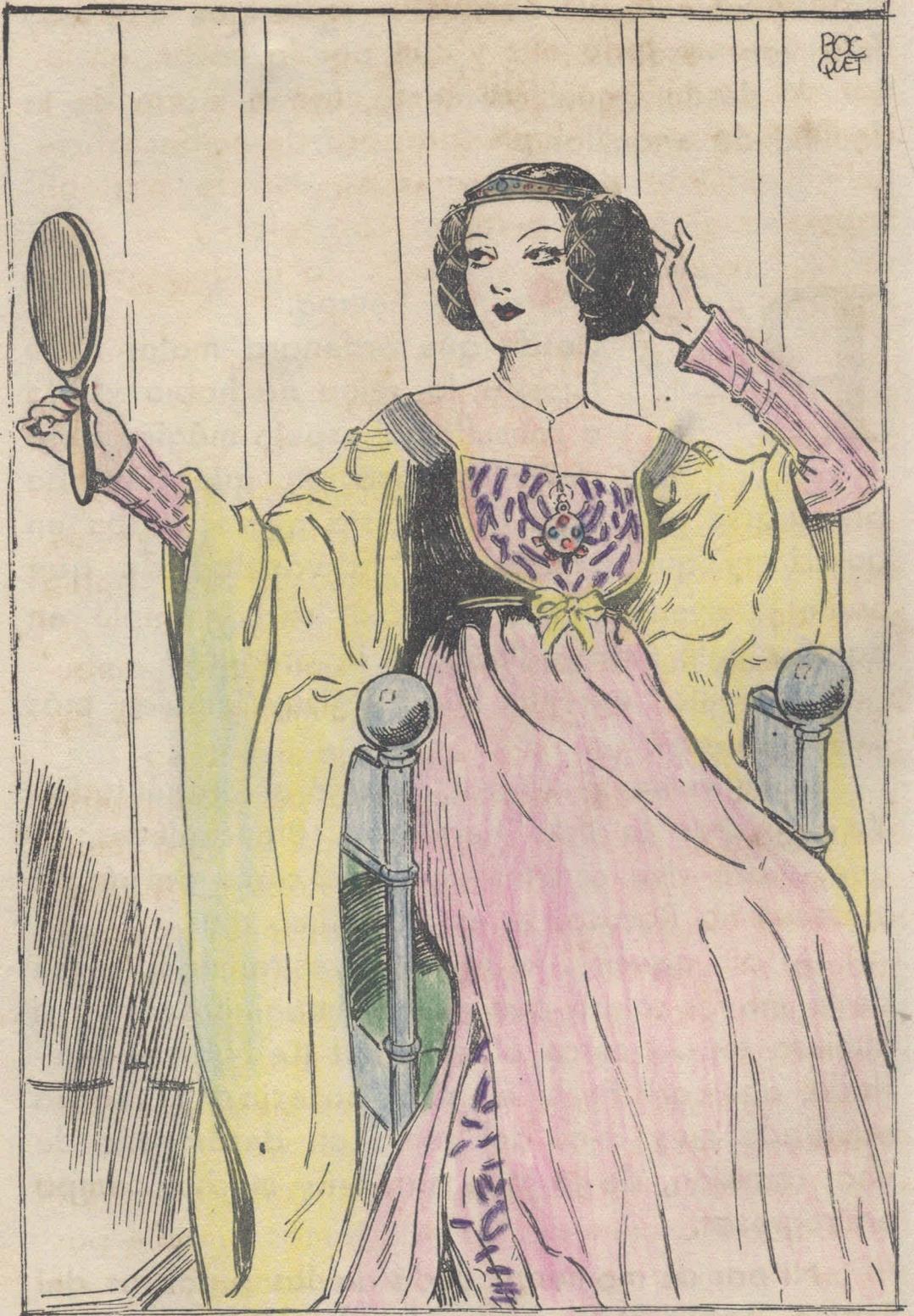
- ¡Ay, reina y señora!... - gimió el preguntado - Ya no eres la más hermosa... Blancanieves, la que ahora vive con los enanillos, cerca del río de la montaña Rocosa, lo es muchísimo más.

Al oír aquello, la reina se estremeció, presa de la mayor cólera que podáis imaginaros. ¡Ay si hubiera tenido cerca al cazador! ¡Le hubiera mandado ahorcar! Pero el día anterior le había mandado muy lejos del reino en desempeño de una comisión, de la que tardaría mucho tiempo en regresar.

Ni por un momento dudó de las palabras del espejo. Sabía bien que no podía decir mentiras.

Ya no tuvo el menor interés por la fiesta y

BOC
QUET



- ESPEJITO, ESPEJITO LINDO, ¿HAY ALGUIEN MAS BELLA QUE YO?

si asistió a ella, fué porque no tenía más remedio. Pero durante toda ella y aún por la noche, en lugar de dormir, no hizo otra cosa que cavilar y cavilar qué medio emplearía para desembarazarse definitivamente de Blancanieves. No le bastaba haberla alejado de palacio. Sus celos y su odio no le consentían que viviese y no la dejaran ser la más hermosa.

Finalmente, acudió a su perversa mente la estratagema que debía emplear para lograr su propósito.

Como no se fiaba de nadie, para que no la volviesen a traicionar en sus crueles proyectos, decidió llevar a cabo ella misma lo que había pensado.

A este fin, se disfrazó de vendedora ambulante y lo hizo tan bien que, realmente, se la hubiera podido tomar por una vieja achacosa.

Aquella misma mañana, salió por una puerta excusada del palacio y, cabalgando en una mula, se encaminó hacia la montaña Rocosa. Cuando estuvo al pie de ella, desmontó, escondió la cabalgadura y empezó a ascender la pendiente, imitando con gran propiedad el andar achacoso de la vieja vendedora que representaba.

Al estar ante la casita de los siete enanillos empezó a vocear:

- ¿Quién compra barato? ¿Quién compra barato?

Como Blancanieves no veía jamás a nadie por allí, en seguida se asomó a la ventana.

!Uy, qué viejecita más amable! - comentó - ¿Qué traes para vender?



¡ÁBREME LA PUERTA, HERMOSA NIÑA, QUE VAS A VERLAS EN SEGUIDA!

- ¡Anda! ¡Vaya una chica más linda hay ahora en esta casa! - dijo a su vez la mala madrastra, remedando a maravilla la voz cascada de una anciana. - ¿Qué traigo, dices? Pues cositas muy lindas. Abreme la puerta, hermosa niña, que vas a verlas en seguida.

Blancanieves vaciló. Los enanos al dejarla sola todo el día, para acudir a sus quehaceres, le recomendaban siempre que se guardara mucho de dejar nunca la puerta abierta y, sobre todo, de no permitir la entrada a nadie. Ellos sabían bien lo perversa que era su madrastra - pues la conocían como terrible hechicera - y no dudaban de que, en cuanto supiera que Blancanieves no había muerto, trataría de repetir su propósito.

- ¿Por qué no me abres? - insistió la pérfida reina. - ¿No te gustaría probarte un corsé como este?

Y le enseñó uno de seda, que era lindísimo.

La vista de ello decidió a la incauta jovencita.

- ¡Bah! Es una pobre vieja y no puede hacerme daño alguno, - se dijo, para tranquilizarse. - Ni fuerza tendría para ello.

Así pues, sin vacilar, abrió la puerta y la hizo entrar.

Estuvo revolviendo todo lo que la falsa anciana llevaba en su cesta y, al final, se quedó con el corsé que aquella le ofreciera. Y como era tan hermoso, se lo quiso probar en seguida, cosa con la que ya contaba la madrastra.

- Te sienta muy bien - afirmó, en cuanto la incauta niña se lo hubo puesto. - Pero lo llevas flojo. Deja que te apriete bien los cordones.



SIN VACILAR, ABRIÓ LA PUERTA Y LA HIZO ENTRAR

Blancanieves le dejó hacer. ¡Le gustaba tanto aquel corsé! Ya imaginaba lo que le dirían sus amiguitos, los enanos, cuando supieran que lo había comprado.

La madrastra se aprovechó de la imprudente confianza. Al punto comenzó a apretar de los cordones, tan fuerte, que la infeliz criatura se quedó pronto sin aliento y se desplomó al suelo, perdido el conocimiento.

- ¡Al fin! - exclamó la malvada mujer, con voz ronca de satisfacción. - Desde ahora vuelvo a ser la más hermosa.

Y se apresuró a abandonar la casita; luego, montó en su cabalgadura y regresó a palacio.

Ya en él, preguntó al espejo mágico:

- Espejito, espejito lindo... ¿Hay alguien más bella que yo?

Y él contestó:

- ¡Oh, reina y señora!... Ahora eres tú la más hermosa.

Entonces, la madrastra adornó con una linda cinta el espejo y ella se regaló con un riquísimo pavo trufado. Nunca en su vida había comido mejor.

Entretanto, allá en la silenciosa casita de la montaña Rocosa, al caer la noche, ocurría una dolorosa escena. Al regresar los siete enanitos, se encontraron consternados con el cuerpo de la pobrecita Blancanieves, tendido en medio del comedor y sin apariencias de vida.

Llenos de pesadumbre, los doloridos enanillos recogieron a la amada chiquilla y la llevaron a la cama.

Uno de ellos, el más chiquito, se fijó en que la infeliz llevaba el corsé extraordinariamente apretado; por lo que, tomando un cuchillo, cortó los cordones.

Al punto, la niña, que no había muerto, empezó a respirar cada vez con mayor desahogo, hasta que volvió en sí, con la alegría que es de suponer por parte de los afligidos enanillos.

Cuando se hubo repuesto del todo, les explicó cuanto le había acontecido y el jefe de los siete enanitos manifestó:

- Estoy seguro que esa vieja vendedora no era otra que tu mala madrastra, que ha intentado nuevamente matarte. No se te olvide nunca lo que te ha sucedido y guárdate mucho de volver a abrir a nadie en nuestra ausencia. ¿Nos prometes que lo harás? Porque de lo contrario, cada día se quedará aquí uno de nosotros contigo.

La princesa dijo que no era menester y que prometía hacer lo que le decían.

Y convenido esto, cenaron y todos se fueron a descansar.



NO pasaron muchos días sin que la reina consultase nuevamente a su espejo mágico.

- Espejito, espejito lindo... - le dijo, como de costumbre. - ¿Hay alguien más bella que yo?

- ¡Ay, reina y señora! - fué el principio de la



...SE ENCONTRARON, CONSTERNADOS, CON EL CUERPO
DE LA POBRECITA BLANCANIEVES...

respuesta que sobresaltó a la madrastra. - Ya no eres la más hermosa. Blancanieves, la que aun vive con los enanillos, cerca del río de la montaña Rocosa, lo es muchísimo más.

¡Qué rabieta tuvo la reina!

Comprendió que su artimaña había fracasado y que, contrariamente a lo que había supuesto, la princesita no había muerto de resultas de su jugarreta.

- ¡Perfectamente! - dijo enfurecida, como nunca lo estuviera. - Voy a preparar algo que me libre de una vez para siempre de esa maldita mocosa.

Ya os hemos dicho que era una terrible hechicera. No le fué difícil, pues, disponer la más hermosa peineta que podáis imaginaros, pero cuyas púas estaban impregnadas de un poderosísimo veneno.

Seguidamente se disfrazó en forma distinta a la otra vez, aunque también tomó el aspecto de una vieja vendedora.

Montada en su mula, atravesó los bosques, subió la montaña Rocosa y se presentó, sin apearse, ante la casita de los siete enanos.

Una vez allí, empezó a gritar:

- ¡Aquí está la buhonera!... ¿Quién quiere cosas bonitas y baratas?

Pero esta vez, Blancanieves no hizo el menor caso. Fué menester que la disfrazada madrastra repitiera siete u ocho veces su pregón, antes que la jovencita se asomara a la ventana. Y aun entonces fué para decirle:

- Sigue tu camino, buena buhonera; que no puedo comprar ni dejar entrar a nadie en la casa.



¡AQUI ESTA LA BUHONERA! ¿QUIEN QUIERE
COSAS BONITAS Y BARATAS?

- ¡Oh, qué lástima! - gimió falsamente la fingida buhonera. - Yo que me he apartado tanto de mi camino para llegar hasta aquí... Y justamente tengo entre las bonitas cosas que llevo, una que sería apropiadísima para una linda muchacha como tú, que posee semejante cabellera.

Y al hablar así, sacó de las bolsas que llevaba a ambos lados de la mula, la hermosa peineta que envenenara.

- ¡Ah! - exclamó Blancanieves, prendada. - ¡Qué peineta más linda! ¡Cuánto me gustaría poder comprarla!

- ¿Y por qué no lo haces?

- No, que los enanitos me lo han prohibido. Pero sí podría hacerse una cosa... Quédate por aquí que ya no tardarán mucho y entonces ellos me darán permiso para comprarla.

Como comprenderéis tal cosa no convenía a la supuesta buhonera, así que contestó:

- Sí, eso podría hacerse, si yo no tuviera tanta prisa. Pero esta noche, precisamente, he de hallarme muy lejos de aquí, en un lugar donde me esperan para vender buena parte de mi mercancía. Y es una lástima que no me compres la peineta. Quedaría tan bien en tu cabellera...

Blancanieves se dejó finalmente tentar y consintió en abrir la puerta para adquirir la peineta. Discutieron el trato y cuando ya quedaron entendidas, la falsa buhonera pidió:

- ¿Me dejas que te la ponga?

La princesita consintió, sin desconfianza alguna. Y entonces la reina le hincó la peineta en la ca-

beza, con lo que el veneno empezó a actuar y la desgraciada se desplomó al suelo.

- ¡Vamos a ver si esta vez también te salvan tus enanos! - exclamó la malvada al marcharse.

Pero, afortunadamente, como ya se ha desprendido de la conversación sostenida por las dos mujeres, faltaba poco para que regresasen los enanos.

En cuanto llegaron a casa y vieron a la pobre chiquilla tendida en el suelo, al punto imaginaron que era debido a otra jugarreta de su madrastra, por lo que se apresuraron a examinarla cuidadosamente, no tardando en descubrir la peineta que tenía clavada en la cabeza, quitándosela sin perder momento.

La acción del veneno quedó interrumpida por este motivo, pero la pobrecita Blancanieves tardó bastante en recobrase por completo y mucho más en poder hablar.

Cuando hubo contado lo que había ocurrido, el jefe de los enanos decidió que, desde entonces, siempre iba a quedarse con la princesa uno de ellos y, si desistió nuevamente de este propósito, fué debido a los ruegos de Blancanieves, que sabía bien cuan necesarios eran los enanitos en su labor de abrir galerías en la montaña. Con todo, lo que acabó de decidirle, fué la formal promesa de la joven, de no fiarse de nadie y, especialmente, de no abrir absolutamente por nada la puerta de la casa, cuando ellos estuviesen ausentes.



¡VAMOS A VER SI ESTA VEZ TAMBIEN TE SALVAN TUS ENANOS!



AN pronto la reina llegó a palacio por la puerta excusada, se despojó de su disfraz, se vistió con sus mejores galas y corrió a interrogar al espejo mágico.

- Espejito, espejito lindo... ¿Hay alguien más bella que yo?

La respuesta fué la misma de la vez anterior:

- ¡Ay, reina y señora! Ya no eres la más hermosa. Blancanieves, la que vive con los enanillos, cerca del río de la montaña Rocosa, lo es mucho más que tú.

El furor de la reina llegó esta vez a lo inverosímil. ¿Es que no había de lograr jamás su propósito? ¡Pues sería! Aquella mocosa había de morir aunque para ello tuviera que perecer ella misma.

Desde aquel momento, no comió ni bebió. Encerrada en el aposento donde trabajaba con sus brujerías, se puso a preparar una hermosa manzana, inoculándole unas gotas de veneno en su parte más rosada.

Cuando terminó, la fruta ofrecía un aspecto por demás seductor, pero quienquiera que la mordiese por el lado envenenado, quedaría muerto en el acto.

Aquella manzana fué puesta con otras en una hermosa cesta, aunque la colocó junto al asa, de manera que la reconociera cuando le hiciese falta.

Esta vez la reina se vistió de aldeana y, tras salir de palacio por la puerta de siempre, montóse en un burrito.

Una vez llegada ante la casita de los enanos, empezó a vocear:

- ¡Manzanas! ¿Quién compra manzanas?

Nadie asomó, pero ella siguió pregonando. Al fin, apareció Blancanieves por la ventana y le aconsejó:

- Mejor será que vayas a vender tus manzanas a otra parte, aldeana, que aquí no las venderás.

- ¿Es que no te gustan las manzanas?

- Mucho, pero no puedo comprarlas ni dejar entrar a nadie en la casa, pues los siete enanos me lo tienen prohibido.

- ¡Ah, pues no dejes de obedecerles! - dijo, hipócritamente, la falsa aldeana. - Yo conozco a esos enanos y sé que son muy poderosos. ¡Como ha de ser!... Otra vez me comprarás algo. Para que veas que no te guardo rencor, voy a regalarte esta hermosa manzana.

Y le tendió la envenenada.

- ¡Qué rica debe estar! - ponderó la princesa. - Pero no te la tomo. Los enanitos no quieren que acepte nada.

- ¡Uy, que tontería! Mira, voy a hacer una cosa: comerme la mitad yo. Así no podrás despreciarme la otra mitad.

Tomó la manzana, la partió con el cuchillo y empezó a comerse su mitad que, naturalmente, era la parte que no estaba envenenada. Blancanieves, entonces, se animó a hincar el diente en la parte que había aceptado.

Más apenas lo hubo hecho, cuando cayó al suelo, como muerta.



SE SENTARON EN TORNO SUYO Y VOLVIENDO A LLORAR
Y GEMIR CON LA MAYOR DESESPERACION

La madrastra la contempló con ferocidad, soltó una carcajada de triunfo y exclamó:

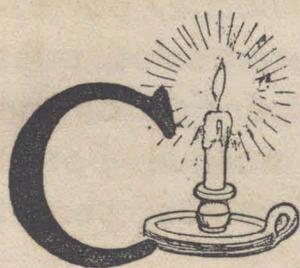
- ¡Lo que es esta vez los enanos no te salvarán! Y se marchó apresuradamente.

Así que estuvo en palacio, corrió a despojarse de su disfraz, vistióse con sus mejores ropas, se peinó lo mejor que supo y luego preguntó al espejo mágico:

- Espejito, espejito lindo... ¿Hay alguien más bella que yo?

Y el espejo respondió:

- ¡Oh, reina y señora! Tú eres ahora la más hermosa.



CUANDO los siete enanitos regresaron a su casa, comprendieron que una vez más habían triunfado las malas artes de la madrastra. Como en las otras ocasiones, hicieron cuanto pudieron para volverla a la vida, pero ahora fué inútil. La pobrecilla ni respiraba.

En vano fué que buscaran la causa que la había puesto en aquel estado. Y al verse impotentes, la lloraron con gran desconsuelo.

Cuando se hubo calmado un poco su dolor, pudieron peinarla. Luego, colocándola en su camita, se sentaron en torno suyo, volviendo a llorar y gemir con la mayor desesperación por espacio de tres días.

Transcurridos estos, determinaron darle sepul-

tura, pero como la pobrecilla seguía teniendo la cara tersa y fresca cual si estuviera viva, no se determinaron a ponerla en contacto con la tierra fría. En lugar de esto, construyeron una hermosa caja de cristal, de manera que se la podía ver por todos lados. En la tapa escribieron, con letras de oro, la historia desdichada de la princesita, que terminaron con esta inscripción:

Y ESTA FUÉ BLANCANIEVES
LA HIJA DE UN REY

Luego, tomaron la caja y la subieron a la cumbre de una montaña que había próxima, donde la estuvieron velando de día y de noche, por espacio de mucho tiempo. No estuvieron solos, pues acudieron también a dolerse de la pérdida de tan dulce princesita, todas las aves del bosque. Por la noche estaban los buhos, al amanecer los cuervos y de día las palomas.

De este modo pasaron las semanas, los meses y hasta los años... Blancanieves seguía en su cárcel de cristal, sin perder nada de su belleza. Más que muerta parecía dormida. Era siempre la muñequita blanca como la nieve, de mejillas rojas como la sangre y cabellos negros como el ébano.

Hete aquí que un día, pasó por aquella cima un príncipe que iba de cacería, acompañado por su séquito. Al ver la caja de cristal, con el enanito al lado, quiso saber lo que aquello significaba:

Se apeó, pues, y seguido de sus pajes y caballeros se acercó a la urna para ver lo que con-

tenía, quedando maravillado al contemplar a la hermosísima Blancanieves, y mucho más, al leer su triste historia, escrita en letras de oro.

Cuando se repuso de su impresión, se dirigió al guardián en estos términos:

- Enanito, buen enanito... ¿Podrías venderme esa caja de cristal con la bella princesa que contiene dentro?

- No - contestó el preguntado. - No la vendemos por el mayor tesoro del mundo.

En aquel momento llegaron los restantes enanos.

- ¿Y qué será de mí? - gimió el príncipe, al ver la firmeza de su decisión. - Ya no podré vivir sin contemplar a esta princesa a todas horas. Si no la quereis vender, ¿por qué no me la regaláis? Yo la tendría en la mejor sala de mi palacio, rodeada de luces, y la cuidaría como si fuese mi esposa... ¿Verdad que no me la negaréis?

Los enanitos vacilaron y cambiaron impresiones entre sí. Pero como era muy sincero el acento de aquel príncipe, que se había enamorado de la que tanto amaran ellos, al final accedieron a sus deseos.

- Solo imponemos una condición... - le dijeron al comunicarle su conformidad. - Que nos permitas verla también tantas veces como deseemos.

Naturalmente, el príncipe se avino muy agradecido a los deseos de los enanitos y, entonces, éstos le entregaron la urna.

Era transportada en hombros por los criados del príncipe, cuando uno de ellos tropezó con la raíz de un árbol y de resultas de la sacudida, que



¿PODRÁS VENDERME ESA CAJA DE CRISTAL CON LA BELLA
PRINCESA QUE CONTIENE DENTRO?

casi hizo caer la caja, saltó de la garganta de Blancanieves el trozo de fruta envenenada que allí permaneciera

Al punto Blancanieves abrió los ojos y dió señales de vida, lo cual visto por los enanitos, les precipitó a levantar la tapa y a sacarla de la cárcel donde creyeran iba a permanecer para siempre.

- ¡Ay, Señor!... - suspiró la princesa, al ser puesta en pie. - ¿Qué me ha ocurrido? ¿Dónde estoy?

El príncipe jubiloso, se le aproximó.

- Te encuentras a mi lado - le dijo. - Y conmigo están todos tus enanitos.

Seguidamente, le contó cuanto había sucedido y la pidió por esposa, para casarse en seguida. Blancanieves accedió y las bodas tuvieron lugar con la mayor esplendidez.



USTAMENTE el día en que sucedía el acontecimiento, se le ocurrió a la perversa madrastra de Blancanieves preguntar a su espejo mágico, lo que siempre le interesaba saber:

- Espejito, espejito lindo... ¿Hay alguien más bella que yo?

- ¡Ay, reina y señora!... - contestó el mágico objeto. - Ya no eres la más hermosa. La joven reina que se casa hoy lo es muchísimo más.

Presas del furor que siempre la acometía cuando así le contestaba, la mala reina, que con su esposo, el padre de Blancanieves, estaba invitada



TE ENCUENTRAS A MI LADO - LE DIJO - Y CONMIGO
ESTÁN TODOS TUS ENANOS

a la comida de bodas, se dirigió sin pérdida de momento al palacio donde tenía lugar el banquete.

¡Y cuál no fué su ira y rencor al descubrir que la recién desposada era la siempre aborrecida Blancanieves!

¡Quién sabe lo que la malvada hubiera aun intentado contra la dulce reina, que solo viéndola se había aterrorizado, si en aquel momento no hubiesen intervenido los siete enanitos!

En efecto, éstos, al darse cuenta de la presencia de la perversa mujer, se abalanzaron sobre ella, llevándosela lejos del salón de ceremonias.

Y en el cuartucho más separado del palacio, la descalzaron, le pusieron unos zapatones de hierro calentados al rojo y, no contentos con esto, se armaron de sendos látigos y le obligaron a correr y bailar hasta quedar rendida.

Y quien sabe cuanto hubiera durado este tormento si la dulce Blancanieves, escapándose del banquete, no se hubiera presentado a solicitar clemencia para la que tanto mal le había ocasionado.

Claro, como los enanitos la querían tanto, la complacieron y dejaron marchar a la madrastra, que no esperó a que se arrepintieran.

Y Blancanieves fué desde entonces muy feliz.



Areli
71-2930

MIS PRIMEROS CUENTOS

Hermosa colección de cuentos clásicos, indicada como primera lectura de todos los niños. Además de instruirles y deleitarles, les hará aficionarse a las bellas artes por sus magníficos dibujos, hechos por manos maestras.

glades 37-9192 *manús* 47-3443

PRIMEROS TÍTULOS

Areli 38-4339 *Konserini* 47-1501

Nº 1 - Blancanieves

Nº 2 - Alí Babá y los Cuarenta Ladrones

Nº 3 - La Cenicienta

Nº 4 - Barba Azul

Nº 5 - Pulgarcito

Nº 6 - Aladino o la Lámpara Maravillosa

Nº 7 - El Agua Milagrosa

Nº 8 - Los Tres Pelos del Diablo

Nº 9 - El Rey Cuervo

Nº 10 - Caperucita Roja

nojabro 37-2029
meja 37-2992 *netel* 37-3960

BUENOS AIRES
Gorostiaga 1650

BARCELONA
Urgel, 245



EDITORIAL
MOLINO